



DEL POETA LEGENDARIO PEDRO GARFIAS, DE SU AMIGO VIRGILIO FERNÁNDEZ DEL REAL Y DE LOS ORÍGENES DEL *FESTIVAL INTERNACIONAL CERVANTINO*

JOSÉ MENDÍVIL MACÍAS V.

Virgilio Fernández del Real nació en Larache, Marruecos, el 26 de diciembre de 1918, porque sus padres, que vivían en Sevilla, pasaban los inviernos en este lugar con mejor clima, donde además vivía su tía. A los 6 años su padre, que vendía productos farmacéuticos, se fue a vivir a Cabra, donde Virgilio creció. En esta ciudad, de unos 25.000 habitantes, estuvo en el Colegio Aguilar y Eslava, donde unos años antes había estudiado el futuro poeta Pedro Garfias, que en 1917, a los 17 años, había escrito en colaboración una pequeña obra de teatro para recabar fondos, con el fin de hacerle un homenaje al escritor egabrense Juan Valera. Virgilio alternó sus estudios de bachillerato con los de practicante de medicina, al término de los cuales se trasladó a Madrid con su familia, con la finalidad de estudiar en la Facultad de Medicina. Estaba en eso cuando comenzó la guerra civil. El padre de Virgilio era masón y trabajaba para el gobierno republicano, Virgilio y



su hermano Carlos pronto se comprometieron políticamente y repartían por las calles de Madrid el periódico de las juventudes comunistas. Los hermanos decidieron marchar a la guerra prácticamente desde el comienzo. Cuando Francisco Franco se levanta en armas contra la República el 18 de julio de 1936, Carlos y Virgilio se alistan en el frente de Somosierra desde el 22 de ju-

lio. Virgilio, como practicante que era, trabajó en el sector médico junto a las Brigadas internacionales, donde acabó alcanzando el grado de Teniente a pesar de su juventud. Allí pudo conocer a algunos actores de cine que había visto en pantalla, a colores, y a escritores como Ernest Hemingway, en “La moraleja”. Estuvo en los frentes de Somosierra, Madrid y Chinchón. De allí pasó a Guadalajara y Aragón, a Lleida y al difícil cruce del Ebro, y finalmente a Barcelona. En un periodo de descanso por Levante reconoció, al subirse a un tren, a su amigo de Cabra José Cobos Panadero, del Estado Mayor, el hombre que luego le presentaría en México a Pedro Garfias el poeta, y a quien volvería a encontrar en el campo de concentración francés en las playas provenzales.

Virgilio, cuando la guerra se consideró perdida, acabó huyendo a Francia, con miles de sus compatriotas. El recuerda que al entrar a los pueblos y ciudades la gente les aplaudía, pero que el gobierno francés, a pesar de ser “socialista” no pareció recibirlos con tanto entusiasmo, puesto que también vio cómo bajaban de los camiones a golpes a los refugiados para ingresarlos en los campos de concentración. En México, adonde llegó después de pasar por Nueva York y La Habana sintió lo contrario, que el gobierno los recibía muy bien,

pero la población no

tanto.

En las

car-

pas de teatro *vodevil* y en algunos periódicos no se hablaba del todo bien de los llamados “refugiados”, que eran muchos miles. Al principio había comedores gratuitos para ellos, financiados también por organizaciones de refugiados. Con el tiempo Virgilio sintió mucho apoyo de la población, en cuanto se aminoraron los prejuicios y aumentó la convivencia. Con los años se sintió tan mexicano como cualquiera, sin dejar de ser español ni de añorar el terruño.

Virgilio llegó a México en 1939, a los 21 años, con su madre y dos hermanos. Cuenta que los españoles recién llegados vivían en cuartos baratos y hoteles de mala muerte en la ciudad de México, estaban esperanzados en volver pronto a España, de modo que vivían con la maleta hecha, de allí tomaban su ropa y allí la volvían a guardar, con una actitud de total provisionalidad. Cuando terminó la guerra en Europa, creían que Franco tendría que dejar el poder, puesto que era enemigo de los aliados, pero no fue así, y esto causó una gran decepción.

Los refugiados se ayudaban unos a otros en lo que podían, y Virgilio, que llegó sin dinero, empezó a trabajar en distintos lugares, hasta que se estabilizó vendiendo productos farmacéuticos de una compañía de españoles. Vivía en un pequeño departamento con la familia, hasta que conoció a Gene Byron, de origen canadiense y ciudadana norteamericana. Gene era actriz, locutora de radionovelas en Nueva York y pintora, y vino a México a conocer a grabadores,

Pueblo

Mi corazón temblando bajo el ala del sur.

*Desde la Colegiata, alta como una frente,
es grato componer y descomponer
el rompecabezas del pueblo:
los suspiros claros de las casas,
las plazas de ancho aliento
y esos viejos murguistas de las torres,
ciegos y alticos.*



pintores y muralistas, entusiasmada con el *boom* artístico de aquellos años. Gene y Virgilio comenzaron a vivir juntos en la ciudad de México y a viajar por el sur del país, donde Virgilio distribuía sus productos por esos lugares tropicales y de cultura indígena que Gene prefería dibujar y pintar. En estos años, gracias a José Cobos, quien vivía en un edificio de tres pisos lleno de refugiados, Virgilio conoció a Pedro Garfias y se hizo buen amigo de este poeta bohemio, itinerante y desarraigado, que sin embargo obtenía el apoyo de sus compatriotas y de algunos políticos influyentes. Virgilio conoció también gracias a José Cobos al escritor Juan Rejano, gran amigo de Pedro, y al poeta León Felipe, que asistía al consultorio de Urología en donde trabajaba. Cuenta Virgilio que cuando Pedro vivía en el “Hotel Inglaterra” de la ciudad de Tampico con su esposa Margarita, lleno de deudas, Virgilio y otros amigos del poeta buscaban a los “gachupines” del centro de la ciudad para venderles sus libros de poesía. Mientras los comerciantes españoles les daban algún dinero por sus poemas,

sin interesarse apenas en leerlos, Pedro Garfias, al recibir el dinero les agradecía, y al mismo tiempo ordenaba —cuenta Virgilio— copas gratis para todos. Pero el talento y la personalidad del poeta andaluz trasterrado le permitió sobrevivir, además de la generosidad de los amigos y la admiración de muchos que escuchaban sus poemas de viva voz.

El poeta Pedro Garfias (1901-1967), uno de los poetas más característicos y legendarios del exilio, aunque olvidado en España por muchos años, perteneció a la generación ultraísta, al lado de Cansinos-Asséns, Gerardo Diego y Jorge Luis Borges, habiendo participado en la revista vanguardista y estridente *Ultra*, aunque no tardó en separarse de este grupo y fundar luego la revista *Horizonte* en 1922, donde publicaron García Lorca, Machado y Alberti. Sin embargo, su poesía acabó siendo más serena, cálida, concisa y sencilla, poesía para el pueblo y para la batalla cuando fue Comisario del Batallón Villafranca, en el Frente Sur, donde escribió su *Héroes del Sur (poesías de la guerra)*¹. Pedro acostumbraba recitar sus poemas en las líneas del frente de guerra y en las estaciones de radio.

Cuarenta años después, Angel Sánchez Pascual² cuenta cómo en Pozoblanco, Córdoba, muchos recitaban de memoria sus poemas, sin saber que eran de su autoría: “Pozoblanco, Pozoblanco / tú nunca serás de Queipo / Te defienden los soldados / del ejército del pueblo”. Por sus *Poesías de la guerra* le concederán el Premio Nacional de Literatura en 1938.

Cuando Pedro llegó a México en 1939 a bordo del *Sinaia*, junto con otros 1.800 refugiados, en agradecimiento al pueblo y al gobierno de Lázaro Cárdenas escribió, para representar a los tripulantes en su llegada, su emotivo y famoso poema “Entre España y México”.

*Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.*

*España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,*

*conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.*

*Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!*

Merece la pena señalar que para el poeta Juan Rejano, acompañante en la travesía del *Sinaia*, este poema se convertiría en el “evangelio del nuevo migrante español”, pues representaba una España temporalmente perdida y un México que restañaba las heridas, “un destino histórico que cumplir, el que nosotros encarnábamos, el que había brotado de nuestras propias desventuras: devolver con creces a esta tierra lo mucho que ella nos daba y nos ofrecía, hacer desaparecer con nuestra conducta las sombras que aún pudieran sobrevivir del pasado. No se ha escrito otra página mejor desde nuestra llegada a América. Ni se ha concebido otra política más cuerda. Política que, por los cauces sensibles de la poesía, llega a lo más noble y justo del pensamiento. Con esos versos ha ganado Garfias en México más adhesiones a nuestra causa que muchos de los hombres que políticamente la representan. Con esos versos ha recorrido ejidos, sindicatos, centros culturales, pueblos y ciudades. Los ha dicho ante muchedumbres que lo han aclamado fervorosamente. Y, donde quiera que su voz ha resonado, ha dejado una estela de fraternidad, de gratitud, de simpatía”³.

En su antología de *Poesía española contemporánea*, Fanny Rubio y José Luis Falcó afirman que Garfias pudo mantener “el tono de la poesía

de anteguerra”⁴, pero también un tono melancólico y solitario que lo acompañó toda su vida, como se puede ver en los títulos de sus poemarios *De soledad y otros pesares* y *Río de aguas amargas*⁵.

Virgilio Fernández y Gene Byron, en 1946, decidieron cambiarse a vivir al norte del país. En la ciudad de Monterrey, donde vivieron por diez años, volvieron a encontrarse con Pedro Garfías y con otros españoles que vivieron la experiencia de la guerra. Virgilio visitaba a Pedro en una cantina que quedaba al frente de su casa, y allí acostumbraban jugar dominó y tomar unas copas con otros amigos, pero mientras que Pedro se quedaba allí buena parte del día, a pesar de trabajar para la Universidad de Nuevo León, Virgilio estudiaba medicina y trabajaba vendiendo fármacos. Pedro ofrecía recitales, escribía en periódicos y revistas —además de dejar numerosos poemas en servilletas, casi todos perdidos, que regalaba a sus amigos— y participaba en tertulias. Había en Monterrey un “Centro Republicano Español”, con un gran salón de reuniones en donde Pedro ofrecía recitales. Había además una librería llamada “Cosmos”, del trasterrado Alfredo Gracia Vicent, que también era un espacio cultural privilegiado, y en donde se exhibían pinturas y grabados como los de Gene Byron, quien además enseñaba pintura aquí y en la Universidad de Nuevo León, pero también exponían artistas como el Dr. Atl y Camarena. En relación con estos esfuerzos nació después la asociación “Arte A.C.”, ubicada

en un antiguo y céntrico caserón (dirigida por doña Rosario Garza Sada de Zambrano, y luego por doña Romelia Domene de Rangel), aquí también se organizaban recitales con cante jondo, en donde Pedro explicaba el profundo significado del arte andaluz.

Pedro Garfías hacía comentarios críticos acerca de la historia del cante jondo o de la fiesta taurina, todo esto también en la radio. Su amigo Alfredo Gracia tuvo después un programa cultural en la televisión. Pedro acostumbraba recitar en público poemas de Neruda o García Lorca, siempre sin leerlos, pues tenía muy buena memoria, su voz se normalizaba cuando recitaba, pero al hablar su acento andaluz era muy pronunciado, gracioso y a veces poco inteligible. En su andar errante, Pedro había vivido en Guadalajara en los cuarenta junto con Carlos, el hermano de Virgilio, que fue un notable abogado y defensor de causas sociales, y en los cincuenta en la ciudad de Puebla. También estuvo, entre otros lugares, en Veracruz y la península yucateca, vivió un tiempo y visitó varias veces la ciudad de Guanajuato, en la que después vivió Virgilio cuando terminó sus prácticas médicas en San Antonio, Texas, para poder obtener el grado en el año de 1958.

José Rojas Garcidueñas, oriundo de Salamanca, Guanajuato, profesor de la Universidad de Guanajuato y un gran historiador de la literatura mexicana colonial, nos cuenta que Pedro vivía de sus recitales y de la venta personal

de sus libros, y cómo lo alojaban “por semanas y meses” en Guanajuato (en Pocitos, n° 77) a mediados de los años cincuenta, otros dos trasterrados y literatos, el poeta Luis Rius y el maestro Horacio López Suárez, ambos profesores y fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato. Lo conminaban a publicar más para que pudiera sostenerse económicamente, puesto que mostraba una cultura y una memoria sorprendentes, pero su vida era, aunque brillante, desordenada y sin muchas ambiciones, era más melancólico que emprendedor. Rojas Garcidueñas decía de él que “era esencialmente un hombre bueno, leal y cordial”⁶, y su magnetismo lo convirtió también en amigo, compañero de tertulia y copas del Gobernador de Guanajuato, don José Aguilar y Maya. En una charla difundida posteriormente por la radio de Torreón, afirma Pedro Garfias que “cuando la poesía o la pintura es verdadera, quien la percibe mejor es el pueblo”. Comenta que en el proyecto de teatro popular *La Barraca*, Federico García Lorca y Ugalde presentaban los *Entremeses* cervantinos en las plazas de los pueblos, y “el único que entendía aquello es el campesino” como ocurrió luego, siguiendo la misma idea, con los *Entremeses* en las calles de la ciudad de Guanajuato (origen del actual *Festival Internacional Cervantino*), donde los *snoobs* sólo presumían entender, por ello para Pedro “a los grandes poetas el pueblo los entiende”, como es el caso de Cervantes, Lope y

Víctor Hugo, “el único genio de verdad de la poesía francesa” que “habló para siempre”. Por ello el buen poeta debería escribir para que lo entiendan, lo oigan y lo sientan⁷.

Es evidente, o debería ser evidente, que los *Entremeses*, el *Festival Internacional Cervantino* y las ediciones del *Coloquio Cervantino* no habrían tenido lugar sin esta importante presencia de los exiliados españoles, como se muestra en este testimonio radiofónico, donde se conecta directamente el proyecto cultural de los republicanos con la historia cultural de Guanajuato. Otro exiliado distinguido, el poeta, pintor y crítico malagueño, don José Moreno Villa, en *Cornucopia de México*, recuerda que para él todo Guanajuato era una evocación de la España meridional, calles, plazas, balcones, callejones, etc., y señala las invitaciones que le hiciera don Armando Olivares, Rector fundador de la Universidad. En otro valioso testimonio, Don Fernando Carmona Nanclores describe el paso de Pedro Garfias por las calles de Guanajuato:

“Pedro caminaba... era impresionante verlo, lento, abstraído, silente. Pasos, los suyos, llenos de pesadumbre ¿caminaba en realidad, por el pavimento físico o por los rumbos infinitos del sueño, que la noche prolonga hacia atrás de uno? Caminar hacia adelante en lo físico, caminar hacia atrás, dentro de uno, hacia el sueño de la propia vida, tan remoto... De noche es más diáfana la perspectiva interior, cuando las cosas, pegajosas, indestructibles,

hunden sus agudos perfiles en el gran centro nocturno. Todavía murmuran por ahí los filisteos almidonados que Pedro iba borracho. El navío de una vida náufraga dando barquinazos en la noche. Bueno ¿y qué? Uno se emborracha, sin duda, por dos motivos. Tomen nota los filisteos. Por evadirse de uno mismo, por hacer una cosa, una cosa más —hasta la inercia—. Por no ser uno lo que es: oscuro agujero hacia la nada. El instante que se autodevora, incansable. Pero el otro motivo dice que, cuando uno ya acumuló demasiado llanto, lágrimas del llanto que no se llora, también se emborracha. Pues hay que encontrar de nuevo el hilo de la vida, el primer eslabón, de la nada hacia acá; en suma, la continuidad que nos permita seguir hacia delante. Sócrates, Dédalo, Hércules, tenían el noble gusto del vino por alegría de la vida. Pero, en estos días, ni en el vino hay alegría de la vida. Aquel era el camino que Pedro nunca puede caminar. Visto desde las calles de Guanajuato parecía solitario, siempre desierto, el camino de ninguna parte. Algo de su soledad, de su enigma remoto, allá arriba, en el borde de la montaña por el rumbo de la Presa, era la nuestra: digo que la nuestra porque la inolvidable imagen del camino hace un recuerdo único con la imagen de Pedro Garfias y la estampa del desterrado. Pedro logró recuperar, en las noches de Guanajuato, deambulando en procura del amanecer —en procura de sí mismo—, la pieza originaria, el cabo último de su vida, enredado en el drama de Es-

paña... Esta es, por tanto, la imagen de Pedro Garfias, el hermano inamistoso; la imagen de un recuerdo”⁸.

Del otro lado de esta historia paralela, Virgilio y Gene decidieron comprar, en 1954, un terreno que conservaba las ruinas de la vieja hacienda minera de Santa Ana en Guanajuato, donde habría mejor clima y comenzarían un nuevo proyecto de vida, Gene pintando y haciendo cerámica y artesanías, y el doctor Virgilio con la práctica médica. Empezaron a vivir en esta ciudad en 1958.

Gene también fue buena amiga de Pedro, y acostumbraban leer poemas juntos, ella en inglés y él en español, o ayudándole a traducir, Pedro no sabía mucho inglés, pero a partir de una traducción literal, convertía el texto en poético. Gene desde muy joven había cooperado a favor de los republicanos españoles, y había sido una combativa sindicalista en Nueva York, lo que facilitó su inserción en el mundo de los refugiados españoles. Desgraciadamente, con la llegada de la pareja a Guanajuato, estos amigos se separan, puesto que Pedro seguirá viviendo, por lo general, en Monterrey.

Finalmente, Pedro Garfias fallece en Monterrey en 1967, siendo una leyenda viviente en México y casi olvidado por completo en España. Santiago Roel, quien fue Secretario de Relaciones Exteriores de México, cuenta estos significativos detalles, “...le amortajé con un traje mío, el mejor, y es más, hasta le

puse unos zapatos míos... que conservo, claro está, como un don querido. Hice más por él, y se lo digo con la emoción del momento: había pedido muchas veces, había escrito que se le metiera en la boca tierra de España cuando muriera. Así lo hice²⁹. El escrito referido es el poema “Recién muerto”, en donde Pedro dice, entre otros versos:

*Me gustaría
que en el silencio del mundo
se oyese crecer la espiga.*

*Me gustaría
que la tierra fuese dura
como piedra conmovida.*

*Me gustaría
que me llenasen la boca
de tierra mía.*

*Si a los que van a matar
les dan todo lo que pidan
dejadme pedir de muerto
lo que a mí me gustaría.*

Por aquellos años, otro evento significativo ocurría en Guanajuato, esta vez en San Miguel de Allende, en donde se reunían anualmente una cincuentena de miembros de aquellas Brigadas internacionales (algunos desde Nueva York, California, etc.) en un céntrico restaurante al lado derecho de la Parroquia neogótica, cuya dueña, la señora Carmina, también era amiga de Virgilio y Gene.

Desde 1954 comienza otra amistad larga e importante para la vida cultural de Guanajuato, la de Virgilio Fernández del Real y el muralista don José Chávez Morado. Ellos se hospedaban al principio de su estancia en un Hostal en el Paseo de la Presa (por donde hoy está el Banco Santander Serfín), propiedad del señor Manuel Valenzuela, mexicano que había combatido en las Brigadas internacionales hombro con hombro con los republicanos. Mientras Chávez Morado pintaba los históricos murales del Museo de la Alhóndiga, se hospedó luego durante meses en la casa de Virgilio (hoy Casa Museo Gene Byron), mientras terminaban de construir su casa (hoy Casa Museo de José y Olga) en Pastita. Ambos

muy buenos amigos desde entonces, sin importar la diferencia ideológica, del Abad Rafael Ramírez. Gene Byron fallece en marzo de 1987, y Virgilio convierte la hermosa hacienda que fue la casa de ambos en Museo en su honor, uno de los espacios culturales y de creación interesantes y atractivos en la ciudad de Guanajuato. Será necesario recordar que Virgilio fue también candidato a la Presidencia Municipal, siempre comprometido con los sectores populares, siempre generoso como médico y como amigo, honrándome durante ya varias décadas con su amistad.

NOTAS

¹ Existe una edición, al cumplirse el centenario del nacimiento del poeta, en Facsímiles Renacimiento, Sevilla, 2001, con los dibujos de Andrés Martínez de León, edición de José María Barrera López, quien edita en la misma editorial su prosa reunida con el título de *La voz de otros días*, del mismo año (con la colaboración de las diputaciones de Córdoba y Sevilla, y los ayuntamientos de Écija, Osuna y Pozoblanco, en donde estuvo el poeta, que en realidad nació en Salamanca, pero creció en Andalucía). Su *Poesía completa*, en edición de Francisco Moreno, se publica por el Ayuntamiento de Córdoba en 1989. En México, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) publica su *Antología poética* en 1990, selección de Juan Rejano y presentación de E. López.

² SÁNCHEZ PASCUAL, A. *Pedro Garfías, vida y obra*, Ámbito literario (Anthropos), Barcelona, 1980.

³ Juan Rejano, en SÁNCHEZ PASCUAL, A., *Op. Cit.*, p. 57 y ss.

⁴ RUBIO, F. y FALCÓ, J. L. *Poesía española contemporánea. Historia y antología (1939-1980)*. Alhambra, Madrid 1982.

⁵ RUBIO, F. y FALCÓ, J. L., en *Op. Cit.*

⁶ ROJAS G., J. *Pedro Garfías*, en *El erudito y el jardín. Anécdotas, cuentos y relatos*. Academia Mexicana, Mexico, 1983.

⁷ *Charla con Pedro Garfías*, en *La voz de otros días*, *Op. Cit.* p. 179 y ss.

⁸ Fernando Carmona en *El Gallo Ilustrado*, periódico *El Día*, 16/08/67, también en Sánchez Pascual, A. *Op. Cit.* p. 73-74.

⁹ Santiago Roel, en ABC, Madrid, 2 de abril de 1977, citado por Sánchez Pascual en *Op. Cit.*